

El uso litúrgico de los atriles de altar en el culto católico de ámbito hispano

PABLO J. POMAR

Estudios de platería, San Eloy 2012 / Jesús Rivas Carmona (Coord.).– Murcia: Universidad de Murcia, Servicio de Publicaciones, 2012

617 p.

ISBN: 978-84-15463-20-7

1. Platería – Estudios y conferencias. 2. Orfebrería – Estudios y conferencias.

I. Rivas Carmona, Jesús.– II. Universidad de Murcia. Servicio de Publicaciones.

III. Título

739.1 (082.2)

1ª Edición, 2012

Reservados todos los derechos. De acuerdo con la legislación vigente, y bajo las sanciones en ella previstas, queda totalmente prohibida la reproducción y/o transmisión parcial o total de este libro, por procedimientos mecánicos o electrónicos, incluyendo fotocopia, grabación magnética, óptica o cualesquiera otros procedimientos que la técnica permita o pueda permitir en el futuro, sin la expresa autorización por escrito de los propietarios del copyright.

© Universidad de Murcia, Servicio de Publicaciones, 2012

ISBN: 978-84-15463-20-7

Depósito Legal MU-812-2012

Impreso en España –Printed in Spain

Imprime: F.G. GRAF, S.L.

fggrag@gmail.com

El uso litúrgico de los atriles de altar en el culto católico de ámbito hispano

PABLO J. POMAR

La Misa de san Gregorio es quizá el tema iconográfico que, por su persistencia temporal y amplia difusión geográfica, mejor soporte visual proporciona al estudio histórico de los pormenores litúrgicos de la Santa Misa. Así, si nos limitamos al aspecto particular que anticipa el título que precede a estas líneas, podemos observar la existencia de variantes de consideración en la mayor parte de las obras que representan este tema milagroso. Sólo centrándonos en dos de ellas, ambas de ámbito hispano, una de Méjico y otra sevillana, observamos que la primera, una plumaria conservada en el Museo de los Jacobinos de Gers, en Francia (lám. 1a), presenta el misal dispuesto sobre un cojín ubicado en el lado de la epístola del altar del milagro; mientras que en la otra, una pintura de la parroquia de Ntra. Sra. de la Oliva de Lebrija (Sevilla) (lám. 1b), el cojín ha sido sustituido por un atril, que además se duplica con el misal formando *pendant* en el lado del evangelio¹. Estos sorprendentes cambios, que tantas veces pasan inadvertidos para el historiador del arte, no son siempre achacables a licencias del artista, sino que frecuentemente suponen la penetración de usos litúrgicos particulares en un tema iconográfico consolidado. Sabemos al respecto, siguiendo con estas dos Misas de san Gregorio

1 Sobre la obra mejicana, considerada la primera pieza del arte novohispano, véase: E.I. ESTRADA DE GERLERO, «The Mass of St. Gregory». *Mexico: Splendors of Thirty Centuries*. Nueva York, 1990, pp. 258-260. Tenemos en preparación un artículo sobre la pintura de la parroquia de Lebrija, de la que no hay nada escrito.



LÁMINA 1. A. DIEGO DE ALVARADO HUANITZIN. *La Misa de san Gregorio* (1539). Museo de los Jacobinos, Gers (Francia). B. ANÓNIMO. *La Misa de san Gregorio* (s. XVII). Parroquia de Ntra. Sra. de la Oliva, Lebrija (Sevilla).

de ámbito hispano, que el artista de la obra mejicana, el azteca Diego de Alvarado Huanitzin, la había realizado en 1539 bajo la dirección de fray Pedro de Gante, quien muy probablemente le habría proporcionado para su inspiración algún grabado europeo que reproduciría el uso común de la liturgia romana, esto es, un solo cojín con un solo misal, mientras que el pintor local del lienzo sevillano, acaso desprovisto de referencias gráficas, representó al papa san Gregorio ante un altar dotado de dos atriles y dos misales como los que habría visto en las misas solemnes de su propia archidiócesis. Del camino teórico que recorrieron las rúbricas litúrgicas para ir del cojín al atril y la posterior duplicación de éste nos ocuparemos en el presente trabajo.

DEL COJÍN DE ALTAR AL ATRIL DE ALTAR. LA APROBACIÓN DE UN HECHO CONSUMADO

Para depositar el misal sobre el altar, se venía utilizando desde la Edad Media una suerte de almohada o cojín, uso que ya recogen en el siglo XIII tanto el *Ordinarium* de la catedral de Bayeux (Francia) como el *Rationale divinatorum officiorum*

de Guillermo Durando de Mende². Su uso permitía una inclinación más favorable del libro para su cómoda lectura, al tiempo que incidía simbólicamente en el respeto profundo que merecía el misal por servir de un modo tan inmediato al culto del Señor y por contener su palabra y sus alabanzas³. Por estas razones hechas tradición, acaso también acentuadas por la venerabilidad que los libros litúrgicos habían gozado antes de la invención de la imprenta, en el *Missale Romanum ex decreto ss. Concilii Tridentini restitutum*, promulgado por san Pío V en 1570, aparece fijado el cojín para ejercer dicha función de trono y apoyo del misal⁴. Sin embargo, a pesar de que en las rúbricas la norma permaneció invariable durante las posteriores ediciones del *Missale*, incluida la postrera de 1962, lo cierto es que continuó lo que ya desde la Edad Media se constata: la convivencia de este cojín con el atril metálico o de madera, como de hecho puede apreciarse en miniaturas y representaciones pictóricas de la época.

La mayor versatilidad del atril de altar frente al cojín hizo que desde un principio la norma recogida en el nuevo misal no fuese observada de manera estricta e incluso que pronto entre los tratadistas se considerase lícito su uso. Así en 1577, apenas siete años después de editado el Misal romano, san Carlos Borromeo en sus rigurosas *Instructiones* permite ya a los sacerdotes cecucientes que utilicen un atril para alzar el cojín con el misal⁵. Parecido sentido tuvieron al respecto las considera-

2 La obra de Durando se cree redactada antes de 1286 (G. DURANDO, *Prochiron, vulgo Rationale Divinorum Officiorum*. Madrid, 1775, p. 98: «Sane Sacerdos minister inter moras pulvinar molle missali supponit»). El *Ordinaire et coutumier de l'église cathédrale de Bayeux* fue escrito en una fecha indeterminada entre 1228 y 1270. Nosotros hemos consultado la edición de Picard. París, 1902, p. 402. En España su uso también se constata desde la Edad Media, como lo atestiguan diversos inventarios, como el de la colegiata de San Félix de Gerona, de 1310, donde se lee: «quinque coxinos insutos de serico deputatos ad tenendum misalia in altaribus» (F. J. de la CANAL, *España Sagrada*. Madrid, 1832, t. 45, p. 256).

3 Téngase en cuenta que la Iglesia reservaba el uso de cojines para las rodillas de prelados, dignidades eclesiásticas y determinadas autoridades civiles. De la importancia dada a este privilegio da fe el crecido número de decretos de la Sagrada Congregación de Ritos que regula su uso. Puede verse relación de los mismos en el *Index generalis rerum occurrentium in decretis Sacr. Rituum Congregationis*. Roma, 1901, p. 413.

4 Desde la primera edición del *Missale* de san Pío V en 1570 aparece citado el cojín de altar en el *Ritus servandus in celebratione Missæ*, concretamente en el apartado dedicado al ingreso del sacerdote al altar, donde se señala: «*Missale super cussino aperit*». A partir de la edición de 1604 promulgada por Clemente VIII, también aparece en el capítulo XX de las *Rubricæ generales missalis*, dedicado a la preparación del altar y sus ornamentos, dónde se indica: «*In cornu Epistolæ cussinus supponendus Missalis*» (Para la comparación hemos utilizado una edición del Misal de 1570 impresa en Venecia en 1574 en la Bibliotheca Aldina, y otra de un Misal de 1604, impresa un año más tarde en Amberes por Jan Keerbergh).

5 *Cui pulvinari nihil aliud, ac ne scabellum quidem subiiciatur; nisi cum sacerdoti oculorum aspectu laboranti opus est ad missale altius tollendum. Porro scabellum pulvinari aliquanto angustius, utrinque quatuor baculis transversaliter inter se exigua linea lignea in medio connexis firmatur*. La primera edición es de 1577, mas nosotros citamos por S. C. BORROMAEI, *Instructionum fabricæ ecclesiasticæ et suppellectilis ecclesiasticæ*. Tarragona, 1859, p. 294.

ciones de Jakob Miller, quien en su obra *Ornatus ecclesiasticus*, de 1591, consideró permisible el uso del atril siempre que se cubriese con un paño del color litúrgico del día⁶. Pero será la obra de Borromeo antes citada la que rápidamente fue tomada por verdadero vademécum para la construcción y decoración de templos y, si bien escrita inicialmente para la provincia eclesiástica milanesa, pronto superó sus límites para convertirse en un referente del arte cristiano contrarreformista, hasta el punto de no ser pocos los prelados que en sus diócesis ordenaron imprimir el texto. Uno de ellos sería el cardenal dominico y arzobispo de Benevento, Vincenzo Maria Orsini, quien en 1688 mandó al también dominico fray Marcello Cavalieri traducir y adaptar oportunamente a las exigencias de su diócesis las *Instructiones* carolinas⁷. En el texto resultante, al tratar el cojín de altar, Cavalieri incluyó un significativo párrafo, que pone de manifiesto tanto el conocimiento de una práctica que, aún desbordando la rúbrica, se había convertido en habitual, como un reconocimiento tácito para que ésta continuase: «*Si ammettono però, per lo sudetto effetto di sostentare il Messale, gli scabelletti, ò leggj di legno, che oggidì usansi, purchè sian formati con pulitezza, e colla vaghezza lor propria*»⁸.

Esta referencia al atril de altar, que en principio habría de ser vinculante sólo para la diócesis de Benevento, terminó convirtiéndose sin pretenderlo en el germen de su posterior aceptación para toda la Iglesia universal. El caso es que el cardenal Orsini, pura hechura de su tiempo, uno de aquellos obispos dispuestos a devolver al culto su esplendor pretérito, redactó para su archidiócesis en 1706 un *Memoriale rituum* con una versión abreviada de las rúbricas de las celebraciones litúrgicas de la Candelaria, el Miércoles de Ceniza y la Semana Santa, pensado para las iglesias pequeñas y con escasez de clero. En él incluyó varias referencias al atril de altar, que es mencionado como único instrumento para portar el misal, indicando incluso que sea de plata⁹. En 1724, inmediatamente después de convertirse en Benedicto

6 «...vel certe pluteum, quem pulpitu[m] vociant, serico vestium, vel saltem coloribus ornatum, subiectum semper habeat, quo nunquam per totum sacrum, ut quidam indecore committunt, donec claudatur, destituetur, sed liber simul cum pulpito, hinc ide ad utrunq; altaris cornu, transferatur: de quo tamen in ceremoniali fusius agetur». (I. MYLLERO, *Ornatus ecclesiasticus, hoc est, compendium praecipuarum rerum, quibus quaeris rite decenterque compositae ecclesiae exornari*. Múnich, 1591, pp. 131-132).

7 P. BAROCCHI, *Trattati d'arte del Cinquecento, fra manierismo e Controriforma*. Bari, 1962, p. 404.

8 F. M. CAVALIERI, *Il rettore ecclesiastico instruito nelle regole della Fabbrica, e della Suppellettile delle Chiese*. Benevento, 1688, p. 10 (citamos por la reimpresión de 1704).

9 «*Legile argenteum pro missali*». V.M. ORSINI, *Memoriale rituum maioris hebdomadae pro functionibus persolvendis archiepiscopo celebrante, vel assistente*. Benevento, 1706, p. 7. La intencionalidad de estos cambios está fuera de toda duda, máxime cuando se conservan mandatos de visita del mismo Orsini que ordenan la realización de estos atriles. Por ejemplo, en la iglesia de Santa Maria della Sanità, en Ginestra della Montagna (Benevento), para cuyo altar mayor ordenó el 25 de noviembre de 1698 «*che si provvegga di un leggio, come quello della Chiesa arciprestale di S. Giorgio*» (A. DE SPIRITO, *Visite pastorali di Vincenzo Maria Orsini nella diocesi di Benevento (1686-1730)*. Roma, 2003, p. 431).

XIII al ser elegido Sumo Pontífice, visitó las iglesias de la diócesis de Roma y un año después decidió promulgar para éstas el mismo *Memoriale* que tan excelentes frutos había producido en su diócesis beneventana¹⁰. Este libro litúrgico no fue promulgado para la Iglesia universal hasta 1821, por Pío VII, pero debió de influir entonces notablemente en la revisión del *Ceremoniale episcoporum* que el propio Benedicto XIII se encargó de corregir y reeditar en 1727. Fue en esta edición cuando se introdujo por primera vez en un libro litúrgico promulgado para toda la Iglesia, la facultad de que el cojín de altar pudiera ser sustituido por un pequeño atril de plata o de madera que estuviese artísticamente labrado¹¹.

Ciertamente que esta mención al atril de altar, presente desde entonces en el *Ceremoniale*, venía a ser una suerte de reconocimiento oficial a una práctica que a esas alturas era ya no sólo habitual, sino que había desplazado casi por completo al uso del cojín, y basta revisar los inventarios de los templos desde el siglo XVI para comprobarlo. Los liturgistas españoles de la Contrarreforma pronto se decantaron también por el uso del atril de altar frente al cojín. Juan de Alcocer y Juan de Bustamante fueron los únicos que en 1607 y 1622 respectivamente mostraron cierta ambigüedad al señalar ambas posibilidades, pero fray Agustín de la Concepción en 1647 y Juan Bautista Almansa en 1677 ya ni siquiera hablan del cojín, que sólo vuelve a ser mencionado en algunos manuales para la instrucción de religiosos del siglo XVIII¹². Sin embargo, de la lectura de aquellos mismos inventarios, cuando éstos son de iglesias españolas o hispanoamericanas, y de la simple contemplación y análisis de los tesoros de estas iglesias, surgen nuevas cuestiones que hasta el presente no han sido abordadas ni desde la historia de la liturgia, ni desde la del arte, pues si las rúbricas prevén la existencia de un cojín o atril para sostener el misal en el altar, lo habitual es encontrar los atriles, así en inventarios como en los tesoros y sacristías, formando parejas (lám. 2). En efecto, las rúbricas establecen que el misal esté al principio de la misa al lado de la epístola, pase tras el *Aleluya* al del evangelio, donde debe quedar dispuesto al bies, se acerque después desde ese lado a los corporales, y finalmente quede de nuevo en el lado de la epístola tras la post-

10 En este *Memoriale rituum* de la Diócesis de Roma, el atril de altar pierde la exclusividad que tuvo en la edición beneventana, pero sigue siendo mencionado profusamente como alternativa al cojín (BENEDICTO XIII: *Memoriale rituum pro aliquibus praestantioribus sacris functionibus persolvendis in minoribus ecclesiis parochialibus*. Roma, 1725, p. 4, 19, 21 y 28).

11 «*Libri vero, Missalis, Evangeliorum, Epistolarum, tecti serico ejusdem coloris, quo cætera paramenta, cum pulvino ex eodem serico et colore, vel parvo legili argenteo aut ligneo, affabre tamen elaborato, ponuntur super credentia in cornu Epistolæ*». Así aparece en el número 15 del capítulo XII de todas las ediciones del *Ceremoniale Episcoporum* promulgadas con posterioridad a la bula *Licet alias* de 7 de marzo de 1727. En todas las anteriores, la frase «*vel parvo legili argenteo aut ligneo, affabre tamen elaborato*» no aparece.

12 J. de ALCOCER, *Ceremonial de la Misa*. Zaragoza, 1607, pp. 89 y 249; J. de BUSTAMANTE, *Tratado de las ceremonias de la Misa, y las demas cosas tocantes a ella*. Cuenca, 1622, p. 107; F. A. de la CONCEPCIÓN, *Ceremonial de las Misas*. Cuenca, 1647, f. 20v; J.B. ALMANSA, *Tratado de las Ceremonias de la Misa rezada ó privada*. Barcelona, p. 64.

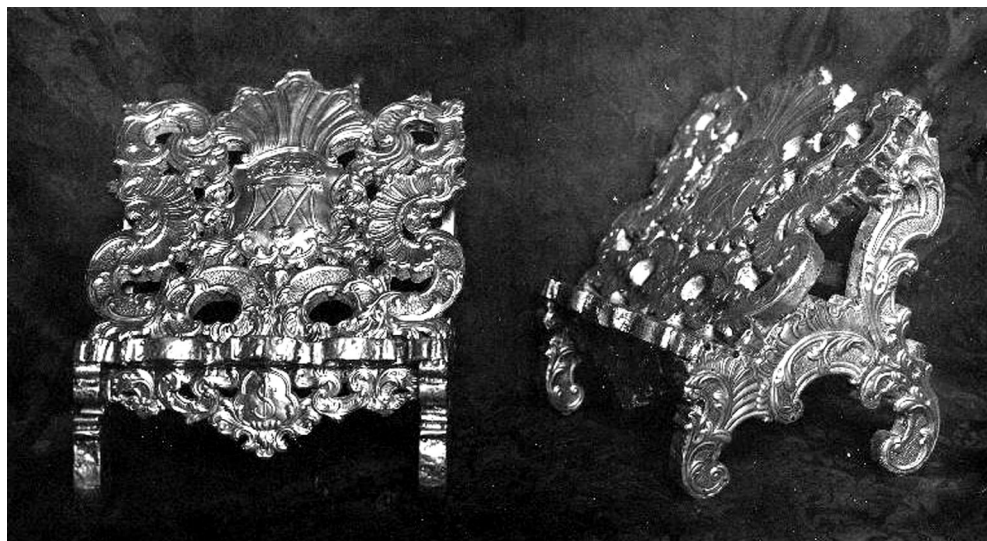


LÁMINA 2. Pareja de atriles (1780 ca.) Catedral de San Cristóbal de La Laguna (Tenerife).

comunión. ¿Qué sentido tiene entonces la existencia de dos atriles? En principio la lógica llevaría a pensar que para aliviar la fatiga de los acólitos o ministros al tener que cargar con el peso del misal y el atril de un lado a otro del altar, se colocaban dos atriles, de manera que el elemento a trasladar quedase reducido sólo al misal. Algunos testimonios, de ámbito principalmente italiano y un tanto inconexos entre sí, podrían apuntalar esta hipótesis. Así, Joseph Braun cita un inventario de la basílica de San Antonio en Padua, datado en 1396, donde vienen recogidos «*duo cussinelli pro missali de serico cum armis comitis Daciarii*», cuya existencia el jesuita alemán justifica en el principio de comodidad antes supuesto¹³. En efecto, esa práctica la podemos rastrear, ya en el siglo XVIII, en la obra antes citada de fray Marcello Cavalieri, donde se señala explícitamente: «*Sopra le tonaglie ne'due lati della Mensa sianui i due Cuscini per lo Messale*», y aún sería recogida por otros autores del XIX y principios del XX¹⁴. Sin embargo, parece deducirse de todo esto que allá donde

13 «*Man brauchte so nur das Meßbuch zur andern Seite zu tragen, nicht auch, was schon unbequemer ist, das Kissen, auf dem es ruhte*» (J. BRAUN, *Handbuch der Paramentik*. Friburgo de Brisgovia, 1912, pp. 254-255).

14 F. M. CAVALIERI, ob. cit., p. 10. Agradecemos a nuestro amigo Maurizio Bettoja que nos pusiera en conocimiento del siguiente texto donde el canónigo napolitano Andrea Ferrigni-Pisone alerta de esta práctica en 1847, a la que considera como abuso litúrgico: «*bisogna avvertire che è un errore manifestamente contrario alla detta Rubrica, quello che fanno taluni, cioè di tenere sull'altare due cuscini, cioè uno dalla parte del vangelo, e l'altro dalla parte dell'epistola. In tal guisa uno di essi viene a stare inutilmente sull'altare, e la Rubrica stessa (ibid.) ordina che super altare nihil omnino ponatur, quod ad Missæ sacrificium, vel ipsius altaris ornatum non pertineat. E però coerentemente prescrive*

el uso de los dos cojines fue sustituido por el del atril, éste sería ya único, pues no hemos podido constatar la existencia de parejas de atriles en ese mismo ámbito de la Italia meridional en que se difundió la obra de Cavalieri¹⁵.

EL SINGULAR USO HISPANO DE LOS DOS ATRILES

Basta leer de nuevo aquellos mismos inventarios y volver a examinar los mismos tesoros de sacristía antes referidos, para darse cuenta de que en España no sólo aparecen pareados los atriles de altar, sino también los propios misales con sus artísticas encuadernaciones, lo que nos obliga a reconocer que la realidad hispana a este respecto fue aún más compleja. En efecto, el habitual uso hispano de los dos atriles de altar era netamente distinto del más infrecuente y ocasional de los dos cojines ya visto en Italia, lo que explica que, cuando el 28 de octubre de 1668, durante su peregrinación a Santiago de Compostela, Cosme III de Médicis visitase en Madrid la iglesia de Atocha, no le pasase inadvertido que «en el altar de la Virgen es costumbre decir la misa con dos misales que están allí siempre preparados en atriles»¹⁶. Este uso simultáneo de dos misales era desconocido para el entonces futuro gran duque de Toscana, y debió de sorprenderle tanto como para dejarlo así recogido en su diario de viaje.

La apoyatura testimonial y documental que certifica la amplitud geográfica y la distinta importancia de los templos donde se daba este uso de los dos atriles con los dos misales podría ser extensísima, nos limitaremos aquí a señalar cinco ejemplos representativos: En una descripción del siglo XVI de la madrileña capilla del Consejo Supremo de la Santa Inquisición ya se mencionaba que para la misa se ponían dos misales encima del altar¹⁷. El mismo uso lo encontramos en la relación de la ceremonia de bendición de la primera piedra de la Iglesia del Sagrario de Sevilla, en 1618, donde se relata que el altar estaba dispuesto con «atriles de plata, con ricos Missales

un sol cuscino, non già due». (A. FERRIGNI-PISONE, *Catechismo liturgico in cui si espongono le sacre cerimonie per le funzioni sì ordinarie che straordinarie e pontificali*. Nápoles, 1847 (citamos por la tercera edición, de 1857. t. II, p. 3, n. *). Ya en el siglo XX será el mismo Braun quien en 1912 señale que la práctica de utilizar dos cojines aún subsistía en algunas partes (J. BRAUN, ob. cit., p. 254).

15 Sí que recoge este uso de celebrar con dos atriles un ceremonial de la orden jerónima española, de mediados del siglo XVIII, donde al referirse a las acciones que han de seguir los acólitos al inicio de la misa solemne, señala que «suben al altar y quitan los atriles donde se pone el Misal, para que no estorben a incensar el altar, el qual incensado, los vuelven a poner en su sitio». Y cuando explica cómo el acólito ha de pasar el misal del lado de la epístola al del evangelio, especifica que lo ha de tomar con ambas manos, evidentemente porque existiendo dos atriles, éstos no han de mudarse. *Ordinario y ceremonial de la misa y oficio divino segun el orden de la Santa Iglesia Romana, sus rubricas y rito del Missal, Breviario, Ritual romano y las costumbres loables de la Orden de nuestro padre San Geronimo*. Madrid, 1752, pp. 230-231 y 235.

16 A. SANCHO RIVERO, *Viaje de Cosme III por España (1668-1669)*. Madrid y su provincia. Madrid, 1927, p. 20.

17 M. de la PINTA LLORENTE, *La Inquisición española*. San Lorenzo del Escorial, 1948, pp. 165-166.

dorados, cubiertos de terciopelo carmesí con escudos de plata»¹⁸. De la penetración de esta costumbre litúrgica en el medio rural da testimonio el libro de cuentas de 1688-1689 de la parroquia de San Juan Bautista de Grajos (Ávila), donde aparece una anotación de «200 reales del coste de dos atriles de bronce que se trajeron de Salamanca para los misales»¹⁹. También en el ámbito de los religiosos es frecuente encontrar testimonios, como el del mercedario Fray Francisco Domonte, que en 1674 donó al convento de la Merced de Sevilla «dos atriles para cantar la Epístola y el Evangelio» que había mandado hacer en Lima²⁰. Por último, un pago de 1751 reales recogido en el libro de fábrica de la catedral de Santiago de Compostela de 1704, señala que fue por la hechura de dos atriles de plata con sus remates «para dos misales del altar mayor»²¹.

Tan generalizada difusión llegó incluso a trascender en ocasiones al imaginario artístico de la misa, como puede apreciarse en el cuadro de la Misa de San Gregorio, existente en la parroquia de Lebrija, al que ya nos referimos al comienzo de este trabajo. Los dos atriles con los dos misales eran utilizados en las misas solemnes y cantadas en las que los acólitos o ministros no tenían pues necesidad de trasladar el misal con su atril de un lado a otro para que el sacerdote leyese la Epístola y el Evangelio en los respectivos extremos del altar, dado que en ambos se encontraban dispuestos los misales con dichas lecturas. Sin embargo, sí que debían retirarlos para la incensación del altar y de la oblata, quedando los acólitos con los atriles y misales dispuestos simétricamente a cada lado de la grada, otra originalidad respecto de la práctica común²².

Pero las consecuencias derivadas de este uso hispano no se quedarían ahí. Las numerosas parejas de atriles de plata que conservan los tesoros de las catedrales e iglesias mejicanas ponen de manifiesto el traspaso desde la catedral metropolitana de Sevilla del uso litúrgico de los dos misales. Será en Nueva España donde estos atriles introducirían una variante tipológica sorprendente, sea desde el punto de vista artístico que litúrgico. Acabamos de señalar que el uso de los dos misales quedaba circunscrito a las misas solemnes y cantadas, quedando las rezadas sujetas a la práctica general, por tanto, para éstas bastaba el uso de un solo atril. Así, cuando

18 *Solemnes ceremonias y misa de pontifical que el señor don Pedro de Castro y Quiñones, dignísimo Arzobispo de Sevilla, celebró en la solemne bendición de la primera piedra del cimientto del suntuoso edificio del nuevo Sagrario que hace la Santa Iglesia de esta ciudad*. Sevilla, 1618. s./f. Es de suponer que los mencionados atriles de plata fuesen los que entre 1594 y 1596 realizó Francisco de Alfaro para el altar mayor de la catedral hispalense (J.M. PALOMERO PÁRAMO, «La platería en la catedral de Sevilla». *La Catedral de Sevilla*. Sevilla, 1991, pp. 622-623).

19 Esta anotación de la parroquia de Grajos se la debemos al cronista local Pedro Carpintero García.

20 D. ORTIZ DE ZÚÑIGA, *Anales eclesiásticos y seculares de la muy noble y muy leal ciudad de Sevilla, metrópoli de Andalucía*. Madrid, 1796, t. V, p. 367.

21 J. CONSUELO BOUZAS, *Galicia artística en el siglo XVIII y primer tercio del XIX*. Santiago de Compostela, 1933, pp. 542-544.

22 *Ceremonial de los religiosos del orden calzado de la Santísima Trinidad*. 1780, pp. 41 y 271.



LÁMINA 3. MANUEL DE LA PAZ. Atril-palabrero del lado del evangelio (1715 ca.).
 Basílica de Ntra. Sra. del Pilar, Zaragoza.

la misa rezada se celebraba en aquellos mismos altares dotados de un completo ajuar de altar con dos atriles, uno de ellos debía ser retirado, o acaso los dos, y sustituidos por un solo ejemplar más sencillo. La novedad mejicana residió en la creación de unos atriles donde aparecen grabadas, como en las sacras que con la intención de servir de ayuda a la memoria del sacerdote se ubicaban en los extremos del altar, las palabras del Salmo 25, en el atril del lado de la epístola; y el inicio del Evangelio de San Juan, en el del lado del evangelio (lám. 3)²³. Parece evidente que cuando en las misas cantadas o solemnes servían como soporte para los dos misales, estas oraciones quedaban ocultas por estos libros y no cumplían función alguna, pero en una sencilla misa rezada en la que sólo se usaba un misal, permitían prescindir de las sacras laterales, dejando así más desembarazado el altar. Esto era posible dado que cuando el sacerdote lee las palabras del Salmo durante el lavabo, así como cuando al final de la misa lee el inicio del Evangelio de San Juan, el misal está en el atril contrario y la lectura de las palabras grabadas en éste son entonces perfectamente visibles²⁴.

LA LITURGIA HISPÁNICA Y EL ORIGEN DEL USO DE LOS DOS MISALES

Llegados a este punto, visto que tanto los testimonios, como los ejemplares conservados de misales y atriles pareados, no son nunca anteriores al siglo XVI, cabe preguntarse por la incierta génesis de esta singular práctica del todo ajena al

23 Las rúbricas sólo prescriben la necesidad de la sacra central con las palabras del canon menor y la consagración, pero la práctica introdujo, durante la primera mitad del siglo XVII, éstas laterales. J. BRAUN, *Diccionario manual de liturgia*. Madrid, 1927, p. 360.

24 De esta tipología de atriles-sacras o atriles palabrereros –como los denomina la documentación coetánea– conserva notabilísimos ejemplares del siglo XVIII el Museo Franz Mayer de Ciudad de Méjico (C. ESTERAS MARTÍN, *La platería del Museo Franz Mayer. Obras escogidas. Siglos XVI-XIX*. Méjico, 1992, pp. 150-152, 190-192, 218-220). Más sencillo y sin su pareja, si bien no menos interesante, es el ejemplar del Museo Arocena de Torreón (Cohauila, Méjico), realizado por el platero de la capital mejicana Eduardo Calderón hacia 1770 (Debemos esta información a doña Adriana Gallegos Carrión, conservadora del Museo Arocena, a quien agradecemos las facilidades dadas para el estudio de la pieza). Algunos de estos atriles-sacras mejicanos sobrepasaron los límites de Nueva España en que eran realizados y así hoy sabemos de la existencia de ejemplares en la catedral de Santo Domingo (J.M. CRUZ VALDOVINOS y A. ESCALERA UREÑA, *La platería en la catedral de Santo Domingo*. Madrid, 1993, pp. 52 y 164); en la parroquia de Ntra. Sra. de los Remedios de Los Llanos de Aridane (Santa Cruz de Tenerife) (G. RODRÍGUEZ GONZÁLEZ, *La platería americana en la Isla de La Palma*. Santa Cruz de Tenerife, 1994, pp. 146-147); e incluso en la península, como pone de manifiesto la espléndida pareja de la basílica de El Pilar de Zaragoza, obra del platero Manuel de la Paz. Realizados hacia 1715, estos atriles-sacras novohispanos debieron de causar una notable fascinación en la ciudad, hasta el punto de servir de inspiración en torno a 1750 al platero José Pérez de Albéniz para realizar los de la parroquia de San Miguel (C. ESTERAS MARTÍN, «Platería», en *Jocalias para un aniversario*. Zaragoza, 1995, pp. 150-151; J.F. ESTEBAN LORENTE, *La platería en Zaragoza en los siglos XVII y XVIII*. Madrid, 1981, t. II, p. 228).

uso romano, así como por su rápida y amplia difusión por todo el mundo hispano²⁵. En este sentido, todo parece apuntar hacia un origen toledano, dado el marcado carácter rector que en cuanto a ceremonias imprimía la iglesia primada, con cuya liturgia tantas catedrales deseaban estar conformadas. Hay que recordar al respecto que la catedral toledana tenía desde 1495 una capilla dedicada a la celebración en rito hispánico, conocido como mozárabe, que precisamente celebraba la misa con dos libros de altar distintos que eran utilizados de manera simultánea, lo que exigía por tanto el uso de dos atriles, pues mientras uno de estos libros, el misal propiamente dicho, contaba con las partes variables de todas las misas, el otro, llamado Oferencio u *Omniium Offertorium*, contenía, el ordinario y el canon²⁶. Cómo no pensar en un fenómeno de contaminación entre ritos cuando tanto el *Missale mixtum secundum regulam beati Isidori* para uso de dicha capilla, como el *Missale mixtum almæ Ecclesiæ Toletanæ*, esto es, el misal romano usado en la catedral primada, habían sido preparados contemporáneamente por el canónigo Alonso Ortiz e impresos ambos con pocos meses de diferencia por el impresor Pedro Hagenbach²⁷.

La misa celebrada en rito hispánico conservaba el característico traslado del misal con su atril de un lado a otro, para la lectura de la Epístola y el Evangelio, movimiento tan enraizado en toda la liturgia latina, y que además contaba con una arraigada interpretación simbólica²⁸. Era posteriormente, durante el Aleluya –que en el rito hispánico se canta después del Evangelio– cuando se ponía sobre el altar, en el lado de la epístola, otro atril con el Oferencio, de manera que le quedaban al celebrante, en el misal colocado a su izquierda, las oraciones propias que varían

25 La pareja de atriles de altar más antigua de la que tenemos constancia es una realizada en 1549 para el altar mayor de la catedral de Sevilla, sin embargo, estamos convencidos de que un rastreo exhaustivo podría anticipar esta fecha (J.M. PALOMERO PÁRAMO, ob. cit., p. 644, n. 180).

26 En el archivo de la catedral de Toledo se conserva un ejemplar del Oferencio de la primera mitad del siglo XVI. Se trata del Cantoral III del fondo Capilla mozárabe. Es el periodo en el que se está configurando la capilla del Corpus Christi fundada por el arzobispo Francisco Jiménez de Cisneros para impulsar la renovación de la liturgia mozárabe (I. CASTAÑEDA TORDERA, Á. FERNÁNDEZ COLLADO y A. RODRÍGUEZ GONZÁLEZ (eds.), *Los cantorales mozárabes de Cisneros: Catedral de Toledo*. Toledo, 2011). Agradecemos las indicaciones recibidas al respecto por don Isidoro Castañeda Tordera, del Archivo de la Catedral Primada.

27 El misal toledano fue publicado en 1499, y el mozárabe en 1500. J.M. SIERRA LÓPEZ, *El misal toledano de 1499*. Toledo, 2004, pp. 36-38. Aún quedaría pendiente establecer si la práctica de celebrar con el misal y el Oferencio era anterior a la restauración del rito por parte de Jiménez de Cisneros, o surgió tras ésta. Con los datos que contamos al presente no podemos llegar a conclusiones definitivas, pero confiamos en poderlo hacer en ulteriores trabajos.

28 El sacerdote ante el altar mira hacia Oriente –sea éste un Oriente cardinal o solamente litúrgico– por donde nace el sol que representa a Cristo resucitado, pero si se gira hacia el muro de la izquierda, entonces estará mirando hacia el Norte, que es la posición que según las rúbricas de la misa solemne debe adoptar el diácono para cantar el Evangelio, que de este modo es anunciado contra el paganismo, representado por la región del Norte, en la que el frío de la incredulidad dominó por tanto tiempo. Esta explicación alegórica la encontramos ya en Remigio de Auxerre († 908) y es también mencionada por Ivo de Chartres († 1117) e Inocencio III († 1216), entre otros (J.A. JUNGSMANN, *El sacrificio de la Misa*. Madrid, 1951, pp. 527-528).

según el oficio del día, y en el libro de la derecha, las comunes que son siempre iguales en todas las misas. Al final, tras la antífona que se reza inmediatamente después de la ablución y purificación, se retiraba el Oferencio, y el misal se llevaba de nuevo al lado de la epístola, adonde el celebrante se desplazaba para decir o cantar la última oración, que en el rito romano llaman *Post communionem*²⁹. Así, la ventaja que introduce esta forma de celebrar reside, como señala san José María Tommasi de Lampedusa, en que el sacerdote evitaba tener que andar cambiando incómodamente las páginas del misal de un lado a otro³⁰. Por su notable comodidad, pronto habría sido adoptado en la celebración con el misal romano toledano, pero dando un nuevo paso al hacerlo con dos misales completos, y suprimiendo cualquier traslado como ya quedó descrito.

EL DEBATE TEÓRICO DURANTE LOS SIGLOS XVII Y XVIII

Si bien son numerosas las parejas de atriles de altar conservadas que datan del siglo XVI, lo cierto es que hasta avanzada la centuria siguiente no se constata debate alguno sobre la licitud del uso de celebrar con dos misales, que fue el que las hizo posibles, y que contrastaba de manera tan llamativa con el previsto por las rúbricas del *Missale*. Las primeras palabras de reprobación las hemos encontrado en un ceremonial de mercedarios descalzos de 1668, donde su redactor se extiende en las razones para su condena: «Por solemne que sea la misa, no se ha de poner más que un misal con su conjinillo o atril, no dos misales ni dos atriles, ni en altar mayor, ni menores; porque tiene su mística significación el pasarlo de una parte a otra, y la rúbrica del misal, no sólo dice que se pase, sino que si faltare ministro, lo pase el sacerdote. El Romano siempre quiere esté desocupada la mesa del altar, aun de candeleros, reliquias y ramos, que han de estar llegados hacia el retablo; el otro misal con atril no es necesario ni ornato de altar, antes embaraza pues suponiendo solo uno el Ceremonial Romano, lib I, cap. 7, dice que el asistente lo quite

29 S.R. PARRO SIMÓN, *Toledo en la mano, o descripción histórico-artística de la magnífica catedral y de los demás célebres monumentos y cosas notables que encierra esta famosa ciudad, antigua corte de España, con una explicación sucinta de la misa que se titula Muzárabe y de las más principales ceremonias que se practican en las funciones y solemnidades religiosas de la Santa Iglesia Primada*. Toledo, 1857, t. I, pp. 756-757 y 766.

30 *Mox ut transfertur Missale ad latus Euangelii, ponit minister ad latus Epistolæ parvum librum, vulgo vocatum, Omnium offerentium qui habet istud nomen ex dictione quæ dicitur in una oratione ex communibus, ad offerendam Hostiam et calicem. Et omnium offerentium, et eorum, pro quibus tibi offertur, peccata indulge. Liber iste continet orationes, quæ communiter dicuntur in omnibus Missis. Et quamquam unæ atque aliæ habeantur in libro Missali, idque posset sufficere; conveniens tamen fuit ad aliud latus ponere istum librum, ut sacerdoti non sit necessarium, solia ab uno extremo ad aliud importune invertere. Et sic stans in medio altaris, vertit vultum ad librum Missalem, qui est ad latus Evangelii, ad recitandas orationes proprias cujuscumque Officii; Et pro communibus quæ unam inter atque aliam inseruntur, convertit oculos ad Offerentium.* (G.M. TOMASI, *Liturgia antiqua hispanica gothica isidoriana mozarabica toletana mixta illustrata*. Roma, 1746, p. 95).

mientras se hace turificación al principio y a la oblata, no se ha de añadir otro a la Rúbrica y al Romano»³¹. Más concisamente, pero en la misma dirección irán años más tarde, en 1695, las palabras del maestro de ceremonias de la Capilla Real de Madrid, Frutos Bartolomé de Olalla, que insiste en que sobre el altar «no se ha de poner sino es un atril solo al lado de la epístola; el cual será de plata o nogal, u otra materia curiosa»³². Ya mediado el XVIII, Alejandro Zuazo, maestro de ceremonias de la catedral de Zamora, también se manifestará contrario a la costumbre, y tras requerir que el atril sea de plata, añade que «no se debe permitir usar de dos, por ser contra lo dispuesto por la Iglesia, la cual, aun al obispo cuando celebra de pontifical, sólo concede uno»³³.

Durante la segunda mitad del siglo XVIII, a pesar de que el criterio general de los liturgistas siguió siendo desfavorable al uso hispano de celebrar con dos misales, no faltaron autores que defendieran lo contrario, buscando para ello la apoyatura teórica en alambicadas interpretaciones rubricales, que no hacían sino poner de manifiesto cómo en última instancia la práctica hispana podía reducirse a una mera cuestión de aparato³⁴. Así, en una edición casi cien años posterior de aquel ceremonial mercedario que había reprobado la práctica, el razonamiento cambia de manera notable: «Sobre el Altar nada más se ha de poner que no pertenezca al Sacrificio de la Misa u ornato del mismo Altar. Sobre esta última palabra puede fundarse en España la costumbre de poner sobre el Altar dos atriles con dos Misales. En muchas partes los tienen ya de plata; y sin duda que es mayor adorno del Altar, y debido esto, y mucho más, a el servicio de su Criador»³⁵. Pero la viveza del debate seguiría presente, y así en 1779 el ceremonial de los trinitarios descalzos se muestra tajantemente en contra, al advertir que «jamás, aunque sea para misa muy solemne, y aunque esté presente el Santísimo Sacramento, ha de poner dos cojines o atriles con misales, porque nunca ha de haber más de uno, que a su tiempo se mude del lado de la Epístola al del Evangelio»³⁶. Parece una contestación a estas palabras las que un año más tarde encontremos en el ceremonial de la rama calzada de la misma orden, que pragmáticamente defienden el uso de los dos misales, limitándose a justificar el uso haciendo ley de la práctica existente: «aunque el Ceremonial de los Obispos juzga abuso el poner dos misales, la práctica está en contrario en días solemnes»³⁷. Por

31 *Ceremonial del coro y del altar, e instrucción de oficios de los religiosos descalzos del Orden de Nuestra Sra. de la Merced. Redención de Cautivos*. Madrid, 1668, t. II, pp. 11-12

32 F. B. OLALLA y ARAGÓN, *Ceremonial Romano de la Misa rezada conforme al missal mas moderno*. Madrid, 1695, p. 17.

33 A. ZUAZO, *Ceremonial, según las reglas del Missal Romano*. Salamanca, 1753, p. 191.

34 Sobre estos conceptos relativos al decoro véase J. RIVAS CARMONA, «Splendor Dei. La platería y el culto en las catedrales andaluzas durante el barroco». *El fulgor de la plata*. Sevilla, 2007, pp. 92-93.

35 *Ceremonial del coro y del altar e instrucción de oficios de los religiosos descalzos del Orden de Nuestra Señora de la Merced redención de cautivos*. Madrid, 1765, p. 119.

36 *Ceremonial de los religiosos descalzos del orden de la Santísima Trinidad*. Madrid, 1779, p. 54.

37 *Ceremonial de los religiosos del orden calzado*... ob. cit., p. 176.

último, en 1783 también manifestaría sus argumentos en contra de la difundidísima práctica hispana el presbítero madrileño Pedro Aparicio y Semolinós, capellán del Real Oratorio del Caballero de Gracia. Éste, en su conocida obra *Oficios del maestro de ceremonias*, al tratar de la misa solemne señala: «así mismo se pondrá un solo misal abierto y registrado sobre el atril en el lado de la epístola, cubierto con paño del color de los ornamento (*Cem. Ep.* Lib. 2, cap. 8); y es contra lo dispuesto por la Iglesia poner dos misales para la celebración de la Misa cantada, por lo que no se debe permitir; pues a los Obispos quando celebran de pontifical se les pone uno y no dos»³⁸.

LA SAGRADA CONGREGACIÓN DE RITOS Y EL OCASO DE LA PARTICULARIDAD HISPANA

El debate sobre la licitud de la costumbre hispana de celebrar la misa con dos misales y dos atriles alcanzaría en el siglo XIX su fase definitiva, al elevar el obispo de Tuy (Pontevedra) a la Sagrada Congregación de Ritos un dubio sobre ese uso. El pronunciamiento del dicasterio romano, emitido en forma de decreto en septiembre de 1816, fue una negativa categórica³⁹. Sobre esta decisión se iría fomentando el progresivo abandono de esta práctica de tanta raigambre en España e Hispanoamérica y la conformación progresiva con el uso romano en este particular. De hecho, el decreto romano serviría posteriormente de apoyo a distintos decretos diocesanos, como el que en 1864 promulgó el celoso obispo de Canarias, fray Joaquín Lluch y Garriga, deseoso de erradicar lo que entendía como grave abuso litúrgico⁴⁰. Un año más tarde, será el *Ceremonial* de la catedral de Seo de Urgel, el que de nuevo

38 P. APARICIO y SEMOLINOS, *Oficios del maestro de ceremonias*. Madrid, 1783. pp. 115-116.

39 «Cum Rmus. Episcopus Tuden, in Hispania, [...] ad S. R. G. pro infrascriptorum declaratione dubiorum; videlicet: [...] 7. An in Missa solemni permitti possint duo Missalia, unum in Cornu Epistolae, aliud in cornu Evangelii? [...] Ad 7. Negative». S.C.R. Decreto 2572 (7) de 7 de septiembre de 1816.

40 «...Desde los primeros años de nuestro pontificado en estas islas nos llamó la atención esta práctica [de celebrar la misa solemne con dos misales] introducida en nuestra diócesis. Para extirparla creímos bastaría publicar el citado decreto de la Sagrada Congregación [se refiere al 2572]. Empero, hemos visto que en algunas iglesias seguía aun la costumbre de los dos misales; costumbre que, por ningún concepto puede llamarse loable; porque a más de oponerse abiertamente a las sagradas rúbricas, quita a la misa una de sus ceremonias altamente significativa. Por lo tanto mandamos que en todas las iglesias de las amadas diócesis de Canarias y de Tenerife, se guarde el expresado decreto, y prohibimos el uso de los dos misales en la celebración de la Santa Misa, sea ésta privada o solemne. Las Palmas, 1º de octubre de 1864. Fr. Joaquín, Obispo de Canarias y Administrador Apostólico de Tenerife». Conviene señalar que el editor de la revista *La Cruz*, don León Carbonero y Sol, consideró de utilidad la publicación del mencionado decreto en su revista: «Siendo muy general en España el abuso de celebrar las misas solemnes con dos misales, creemos de sumo interés la publicación de la siguiente circular, que no tardará en ser reproducida por todos los Sres. Obispos, que tantas pruebas tienen dadas de su celo por la integridad de la liturgia y observancia fiel de las prescripciones del Sumo Pontífice». (*La Cruz*, 1865, t. I, p. 365).

mentione el decreto dado a la catedral de Tuy y señale que «lo contrario está declarado abuso»⁴¹. En 1875, el arzobispo de Méjico, monseñor Pelagio Antonio de Labastida y Dávalos, elevó a la Sagrada Congregación de Ritos un nuevo dubio en el que solicitaba que se le aclarase si el uso de los dos misales en la celebración de las misas cantadas podía ser conservado, dado que era costumbre antiquísima tanto en la catedral metropolitana como en la colegiata de Guadalupe, y también en la mayor parte de las iglesias de su arzobispado. La respuesta fue de nuevo negativa, pidiéndole Roma que se atuviesen a lo dispuesto en las rúbricas y a la respuesta ya dada a la diócesis de Tuy⁴². Del mismo tenor fue la contestación facilitada por la Sagrada Congregación de Ritos al dubio que le elevó el obispo de Calahorra y La Calzada, monseñor Antonio María Cascajares y Azara, en 1892⁴³.

De estos decretos fueron haciéndose eco los distintos liturgistas españoles del siglo XIX, autores de manuales de rúbricas tan difundidos como el *Tesoro del Sacerdote*, del jesuita barcelonés José María Mach y Escríu, en 1861, que señala que «por solemne que sea la misa, no puede haber dos misales en el altar»⁴⁴; o el no menos divulgado *Manual Litúrgico* del maestro de ceremonias de la catedral de Seo de Urgel, Joaquín Solans y Regué, que en 1880, especificó que «Nunca, ni aun en la Misa solemne, se podrán usar dos misales»⁴⁵. Así, poco a poco, mediando el empuje

41 *Ceremonial del Coro y Santa Iglesia Catedral de Urgel*. Barcelona, 1865, p. 101. Es probable que esta edición del ceremonial fuese supervisada por el notable liturgista Joaquín Solans y Regué, maestro de ceremonias de aquella catedral desde 1861.

42 «*Rmus D. Pelagius Antonius Labastida Archiepiscopus Mexicanus a Sacra Rituum Congregatione humiliter postulavit, ut saltem in Ecclesia sua Metropolitana et in Ecclesia Collegiata B. M. V. de Guadalupe servari valeat mos ab antiquissimo invecus tempore in omnibus Archidioeceseos Ecclesiis apponendi in Missa cantata duo Missalia, unum nempe in cornu Epistolae et aliud in cornu Evangelii. Et Sacra Rituum Congregatio, audita relatione huiusmodi instantie per Secretarium facta, rescribere rata est: Serventur Rubricae; et detur Decretum in Tuden. diei 7 Septembris 1816 ad 7*». (S.C.R. Decreto 3342 de 2 de abril de 1875). Del mismo año es un libro anónimo destinado a la instrucción de acólitos y publicado en León (Méjico) donde se exclama «Cuánto es de desearse que se quitara el abuso de tener dos atriles en el altar, para que éste estuviera libre y desembarazado como lo piden las rúbricas y decretos de la Sagrada Congregación de Ritos, Rub. XX», lo que pone de manifiesto tanto lo difundido del uso en el ámbito hispano ultramarino, como el ardiente deseo de erradicarlo por los liturgistas decimonónicos (*Modo de ayudar a misa*. León, 1875, p. 32).

43 Al obispo de Calahorra se le pidió en un extenso decreto que fuese prudentemente eliminando distintos usos que no concordaban con lo dispuesto en el *Cærimoniale Episcoporum* y el *Ritualis Romani*, entre ellos el punto 17 del *dubium* 29 que rezaba: «*In Missa cantata duo apponuntur Missalia, unum in cornu Epistolae et aliud in cornu Evangelii*». S.C.R. Decreto 3767 de 13 de febrero de 1892.

44 No hemos tenido ocasión de consultar la primera edición, donde con toda probabilidad también esté presente, en la segunda se indica: «Por solemne que sea la misa, no puede haber dos misales en el altar» (J. MACH, *Tesoro del sacerdote*. Barcelona, 1863, p. 176). Significativamente, tras el decreto emitido por la S.C.R. para la Archidiócesis de Méjico, añadirá: «aunque haya antiquísima costumbre», como hemos podido comprobar en la 12ª edición española (Barcelona, 1898, p. 339, n. 2).

45 J. SOLANS y REGUÉ, *Manual litúrgico*. Barcelona, 1913 (11ª edición, la primera es de 1880, editada en Tarragona), t. I, p. 51: «Nunca, ni aun en la Misa solemne, se podrán usar dos misales» (cita los decretos de 1816, 1875, 1892 y 1904). Menciona además que el cojín ha sido sustituido por el atril en casi todas partes en virtud de que el Ceremonial lo recoge, pero no en la catedral de Venecia, que sigue manteniéndolo.

del llamado Movimiento Litúrgico, la práctica fue conformándose a lo previsto por las rúbricas, hasta el punto de que durante la primera mitad del siglo XX el uso de los dos misales con dos atriles apenas quedó circunscrito a unas pocas catedrales cuyos cabildos trataban de mantener sus añejas costumbres litúrgicas a pesar de toda norma en sentido contrario. Será por ello que, en 1904, un obispo español, en este caso monseñor Salvador Castellote Pinazzo, de la diócesis de Jaén, elevó un último dubio a la Congregación de Ritos solicitando aclaración sobre si el uso de los dos misales era lícito en las misas solemnes celebradas por los canónigos en su catedral, a lo que, como era previsible, se le contestó que no⁴⁶. Sabemos que en 1933 la práctica aún perduraba en la catedral de Santiago de Compostela donde el autor de *Galicia artística*, el sacerdote José Consuelo Bouzas, refiere su uso en las misas cantadas y solemnes, y aunque considera que aquello se hacía por mayor comodidad y para ahorrar esfuerzos, especula que «por lo visto ya la costumbre era vieja»⁴⁷. Algunos testimonios orales aportados relatan que, hasta mediados del pasado siglo, algunos cabildos, enrocados en la ley de su propia costumbre, continuaron celebrando con dos misales, pero no serían ya más que los estertores de un abuso que, habiendo sido común a todo el mundo hispano, había llegado a su fin. En 1934, cuando la escritora Clara Bayo y Timmerhans redactó para *La Época* la crónica de una misa mozárabe toledana, tras prevenir de que sólo señalaría aquellas cosas que saltan a la vista como distintas del rito romano, dice extrañada: «Lo primero que se advierte son los dos misales, uno a cada lado del altar»⁴⁸.

46 «*Utrum Canonici Missam solemnem celebrantes in Ecclesia Cathedrali adhibere licite valeant duo Missalia, unum in cornu Epistolæ et aliud in cornu Evangelii? Negative, et servantur Rubricæ*». S.C.R. Decreto 4144 (2) de 11 de noviembre de 1904.

47 J. CONSUELO BOUZAS, ob. cit, p. 544, n. 1.

48 C. BAYO y TIMMERHANS, «La misa mozárabe». *La Época* n. 29.421 (4 abril de 1934), p. 5.